ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LAS OBSCURAS GOLONDRINAS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FELIPE PÉREZ Y GONZALEZ



MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1892

6

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE ENERO DE 1892

COMEDIAS Y DRAMAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
4	4	A la que sa ta	1	D. Fidel Melgares........	Todo
»	»	Cinco minutos de angustia.	1	J. Mota y González	»
»	»	Del sepulcro al hospital ...	1	Eduardo Ozores........	»
»	»	El modelo.........	1	Luis de Ansorena......	»
2	2	El pan nuestro.............	1	Regino Chaves.........	Mitad
»	1	El primer desengaño (monólogo)..................	1	Narciso Diaz de Escobar	Todo
»	»	El salva vidas.............	1	Juan Pérez Zúñiga.....	»
»	»	Guardar el equilibrio	1	Gascón y Soriano......	»
»	»	La viuda de Rodríguez	1	Leoncio González......	»
1	2	Pepe Santiago	1	Arístides Gomar.......	Mitad
»	»	Pequeñeces	1	Carlos Mavi lard.......	»
»	»	Un cero á la izquierda.....	1	H. Criado y Baca	»
»	»	Un duelo en la ventana....	1	Agustín de Navas......	Todo
»	»	El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón.......	2	Ricardo de la Vega....	»
»	»	Las obscuras golondrinas .	2	F. Pérez y González....	»
10	4	Los calaveras..............	2	E. Sánchez Pastor.....	»
»	»	El mártir de ajena culpa...	3	Juan Mail'o............	»
»	»	El obstáculo	3	E. Mario (hijo).	»
»	»	El primero de Mayo	3	E. Martín Contreras...	»
»	»	Realidad	3	Benito Pérez Galdós...	»

ZARZUELAS

Hombres	Mujeres	TÍTULOS	ACTOS	AUTORES	Parte que corresponde á la Administración
»	»	Antón Perulero...........	1	D. José Estremera........	L.
»	»	Corte y Cortijo	1	Villegas y Valverde (hijo).................	L. y M.
»	»	El licenciado de Villamelón	1	E. Ruiz Valle..........	$^1/_2$ L.
»	»	El paso de Judas...........	1	J. Valverde (hijo)......	M.
»	»	Ensayo general ó concurso de acreedores............	1	P. Stella y G Salgado.	L.
»	»	La casa encantada.	1	Sinesio Delgado.......	L.
»	»	La madre del cordero......	1	Irayzoz y Jiménez.....	L. y M.
»	»	La vida en la aldea	1	Eugenio Contreras	M.
»	»	Los aparecidos.............	1	Arniches y Lucio......	L.
»	»	Los vecinos del 2.º.........	1	P. y González y Rubio.	M. y $^1/_2$ L
»	»	No se permite fijar carteles.	1	Gaspar Espinosa.......	M.
»	»	Ordeno y mando...........	1	Navarro y Rubio.......	L. y M.
»	»	Otro monaguillo...........	1	Gaspar Espinosa.......	M.
»	»	Pasante de Notario........	1	Navarro y Brull.......	M y $^1/_2$ L.
»	»	Toros y cañas.............	1	Calixto Navarro	L.
»	»	Agustina de Aragón.......	2	Mas y Prat y Mariani..	L. y M.
»	»	Mano blanca no hiere......	2	París, Mangiagalli y Cenrote..............	L. y M.

A mi muy querido amigo D. Eduardo Hidalgo, recuerdo de su agradecido y affmo

Felipe Pérez

LAS OBSCURAS GOLONDRINAS

LAS OBSCURAS GOLONDRINAS

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FELIPE PÉREZ Y GONZALEZ

Estrenada en el TEATRO LARA el 17 de Marzo de 1892



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA PRUDENCIA................	Sra. D.ª	Balbina Valverde.
CLARA.........................		Matilde Rodríguez.
SOCORRO.......................	Srta. D.ª	Francisca Alcalde.
UNA DONCELLA..................		Victoria Canela.
DON PÍO.......................	Sr. D.	Ramón Rosell.
ERNESTO.......................		Pedro Ruiz de Arana.
PEPITO........................		José Rubio.

La acción se supone en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda del público

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en casa de Clara. Puerta de entrada al foro; otras dos puertas á la derecha; á la izquierda, primer término, piano.

ESCENA PRIMERA

CLARA y ERNESTO. Están sentados á la derecha en un confidente, sosteniendo violentísima disputa al levantarse el telón

CLARA Pues yo te digo que sí.
ERN. Pues yo te digo que no.
CLARA ¡Y que esto lo sufra yo! (Le vuelve la espalda.)
ERN. ¡Y que esto me pase á mí! (Idem.)

ESCENA II

DICHOS, DOÑA PRUDENCIA y DON PÍO, que han entrado momentos antes por el foro derecha

D. PÍO ¿Qué es eso? ¿Tenemos fiesta? (Silencio.) (1)
D.ª PRUD. ¿Qué pasa? (Idem.) ¿No hay quien conteste?
CLARA Es que... que lo diga éste.
ERN. Es que... que lo diga ésta. (Pausa.)
D. PÍO Pues el motivo es cruel. (Bnrlándose.)
D.ª PRUD. Y fundada la querella. (Idem.)
ERN. Es que... son cosas de ella.

(1) Doña Prudedcia.—Don Pío.—Ernesto.—Clara.

CLARA Es que... son cosas de él. (Otra pausa.)
D.ª PRUD. ¿No tenéis más que decir?
Pero, Clara...
D. PÍO Pero, Ernesto...
CLARA ¡Es que esto es atroz!
(Se levanta y va á un lado del proscenio.)
ERN. (Idem yendo al otro.) ¡Es que esto
no se puede resistir! (1)
D. PÍO Me gusta la explicación
porque enterados nos deja.
D.ª PRUD. Ella con razón se queja. (Bajo á don Pío.)
D. PÍO O él se queja con razón. (Idem á doña Prudencia.)
¿Quién sabe? En esa porfía...
D.ª PRUD. Tú siempre has de defender
lo injusto.
D. PÍO Pero, mujer,
¿qué sabes tú todavía?
D.ª PRUD. Me lo dice su zozobra.
D. PÍO Pues mira cómo él las gasta.
D.ª PRUD. Ernesto es un hombre, ¡y basta!
D. PÍO Pues Clara es mujer, ¡y sobra!
(Alto, dirigiéndose á Clara y Ernesto.)
Vamos, ¿quién ofende á quién?
CLARA Yo soy la víctima.
ERN. Yo.
CLARA Pero hoy todo concluyó.
ERN. *Per omnia sœcula.*
D. PÍO *Amen.*
CLARA Me voy de esta casa.
ERN. Vete.
CLARA Como dos y una son tres.
ERN. ¡Y yo al infierno!
D. PÍO Eso es:
como cuatro y tres son siete.
Ya son riñas sistemáticas,
y ni uno ni otro desea...
CLARA Como tres y cinco...
D.ª PRUD. ¡Ea,
basta ya de matemáticas!
Moderad esos extremos,
y miraos frente á frente;

(1) Clara.—Doña Prudencia.—Don Pío.—Ernesto.

hablemos tranquilamente,
y á ver si nos entendemos.

D. PÍO ¡Vaya! Dí tú, ¿qué provoca (A Ernesto.)
este necio caramillo?

D.ª PRUD. Habla.

CLARA Que Ernesto es un pillo.

ERN. No, que Clara es una loca.

CLARA Voy á hacer un disparate
si no lo remedia Dios.

D.ª PRUD. Me parece que los dos
sois dos locos de remate.

CLARA ¡Ay! Figúrese usted, tía, (A doña Prudencia.)
que es un traidor, un impío.

ERN. ¡Ay! Figúrese usted, tío, (A don Pío.)
que ha dado en esa manía.

CLARA Figúrese usted que aquí (Como antes.)
una carta he sorprendido.

ERN. Figúrese usted que ha sido (Idem.)
un pretexto baladí.

CLARA Figúrese usted ¡bribon! (Idem.)
que á otra llama «¡su embeleso!»

ERN. Y figúrese usted que eso (Idem.)
es una figuración.

CLARA Figúrese usted si hay harta (Idem.)
razón para mis censuras.

D.ª PRUD. Bueno. Basta de *figuras*,
y á ver qué dice esa carta.

CLARA Verá usted. (Sacando un papel del bolsillo.)

D.ª PRUD. (A don Pío como antes.)
Aunque te pese,
salió lo que yo decía.

D. PÍO No sabemos todavía.

D.ª PRUD. Lee. (A Clara.)

CLARA «Seductora S.» (Leyendo.)

D.ª PRUD. ¿Ese? (Con asombro.)

CLARA Quizás le interesa
que no se pueda saber
el nombre.

D.ª PRUD. Mas si es mujer,
será «seductora... *esa.*»

D. PÍO ¡Qué atrocidad! (Sin poderse contener.)

D.ª PRUD. ¿Eh?

D. PÍO (Procurando enmendarlo.) Decía..
¡qué atrocidad! ¡qué portento

de agudeza y de talento!

D.ª PRUD. ¿Te burlas? Sigue, hija mía.

CLARA (Lee sollozando, é intercala con las frases de la carta las que ella dirige á su marido.)
«Mi amor,» ¡pillo! «mi embeleso,»
¡infame! «mi bien...» ¡traidor!
¡pérfido, ingrato!

D.ª PRUD. ¡Señor!
¿Pero dice todo eso?
Pues la carta es un castigo.

CLARA ¡Es que estoy loca!

D.ª PRUD. Lo veo.

CLARA Y ni entiendo lo que leo,
ni sé ya lo que me digo.

D.ª PRUD. A ver, dámela, hija mía.
(Repasando lo leído.)
«Amor, embeleso, bien...»
digo, ¡mal!

D. PÍO Si tú también
armas otra algarabía.

D.ª PRUD. «Como hoy tu rigor no acceda (Leyendo.)
»á que yo á solas te hable,
»tú serás la responsable
»de todo cuanto suceda.»
¡Jesús y qué picardía!

CLARA Ya vé usted si son deslices.

D. PÍO (A Ernesto.)
Vamos, hombre, ¿y tú qué dices?

ERN. Pues... que esa carta... no es mía.

CLARA Es tu letra.

ERN. A no dudar.

CLARA Y estaba en tu mesa.

ERN. Bien.

D.ª PRUD. Pues, hijo, entonces ¿de quién?

ERN. No lo puedo revelar.
Esta cuestión me contrista;
mas juro que en mí no hay dolo...
yo, en este asunto, tan sólo
he sido... memorialista.

D.ª PRUD. ¡Memo!

ERN. ¿Qué?

D.ª PRUD. (Como acabando la frase.) Rialista.

ERN. Esa
es la verdad pura y fiel.

Si fuera mío el papel
¿lo dejara yo en mi mesa?
Un amigo, que es novicio
en las cuestiones de amor,
me pidió ese borrador,
y por prestarle un servicio...

CLARA ¡Claro! Como tú eres ducho...
ERN. No es eso, mujer.
CLARA Y diestro,
ya te buscan por maestro.
ERN. Escúchame. (Pasando á su lado.) (1)
CLARA No te escucho.
Tu necia disculpa viene
á hacerme nuevas ofensas.
ERN. Pero...
CLARA Que soy tonta piensas.
D.ª PRUD. Tiene razón. (Como antes á don Pío.)
D. PÍO No la tiene. (Idem á doña Prudencia.)
D.ª PRUD. Se vé clara su falsía. (Idem.)
D. PÍO Puede decir la verdad. (Idem.)
D.ª PRUD. ¡Siempre con tu terquedad! (Idem.)
D. PÍO ¡Y siempre con tu manía! (Idem.)
D.ª PRUD. ¡Nunca en lo justo convienes! (Idem.)
D. PÍO ¡Pero es porque estáis también
las mujeres... en Belén! (Idem.)
D.ª PRUD. ¡Y los hombres... *en belenes!* (Idem.)
(A Clara.)
Tienes razón, hija mía.
El hombre es monstruo cruel.
CLARA Sí, tía. (Pasando junto á ella.) (2)
D.ª PRUD. El primero fiel
no ha nacido todavía.
D. PÍO Yo reclamo mis derechos.
D.ª PRUD. Uno sólo he conocido
que era fiel, siendo marido...
D. PÍO Yo, sin duda...
D.ª PRUD. Un fiel... de fechos.
D. PÍO Bueno, pero esta cuestión
es forzoso que concluya.
CLARA Nunca.

---

(1) Clara.—Ernesto.—Doña Prudencia.—Don Pío.
(2) Ernesto.—Clara.—Doña Prudencia.—Don Pío.

D. Pío — Si es aprensión tuya.
CLARA — O en él falta de aprensión.
D. Pío — No es tan grave su delito,
aunque haya escrito el papel;
si el que lo manda no es él.
CLARA — Pues ¿quién es?
D. Pío, D.ª PRUD. — Dilo.
ERN. — (Después de una gran violencia.)
Pepito.
CLARA — ¡El, tan tímido! ¡Imposible!
D.ª PRUD. — ¿Quién, el novio de Lucía?
¿De tu hermana?
D. Pío — Es que en el día
un tímido es muy temible.
CLARA — Eso es una nueva chanza.
ERN. — Es verdad. Sé que lo digo
y hago traición á un amigo
y falto á su confianza.
Pero lo han querido así...
D.ª PRUD. — ¡Èl tan corto... tan pazguato!...
CLARA — Y que nunca ha roto un plato.
ERN. — Pues por eso vino á mí...
CLARA — ¡Ah! ¿Por eso?...
ERN. — ¡Otro alboroto!
Si explicarme no consigo...
Él se figuraba...
D.ª PRUD. — (¡Digo!
¡Los platos que éste habrá roto!)
CLARA — Si me engañas...
ERN. — No mujer.
D. Pío — (Yendo á colocarse entre Ernesto y Clara.) (1)
No se hable más del asunto.
CLARA — Porque yo se lo pregunto...
ERN. — ¿Me vas á comprometer? (Alarmado.)
CLARA — Es el novio de mi hermana,
y pues á casarse va...
ERN. — Pero, con razón, dirá
que yo he sido un *tarambana*
charlatán, un papagayo...
Además, él no se excede;

(1) Ernesto.—Don Pío.—Clara.—Doña Prudencia.

aún está soltero, y puede
hacer de su capa un sayo.

CLARA ¿Y conoces tú á esa... *ese?*

ERN. ¿Esa... *ese?* ¡Ah! Su conquista...
Soledad... una modista...
No hay temor de que lo aprese.

CLARA Si esas no son invenciones...

ERN. ¡Cómo! ¿Aún puedes presumir?
Tú no le oiste decir
á él mismo en cien ocasiones:
«Me aburre la sociedad,
el bullicio me da espanto,
la soledad es mi encanto...»
Pues esa es la Soledad.

CLARA ¡Vaya, adiós! (Riéndose.)

ERN. Al fin te ríes...
yo quedo aquí con el tío.

CLARA (Se dirige con doña Prudencia á la segunda puerta derecha y le dice bajo.)
¡Ay, tía!... Yo no me fío...

D.ª PRUD. No, hija mía, no te fíes... (Idem. Vanse.)

ESCENA III

DON PÍO y ERNESTO

D. PÍO (Después que las ha visto alejarse se dirige á Ernesto fingiendo gravedad.)
¡Venga usté acá, bribonazo!
¡Venga usté acá, buena pieza!
¡Tunante! ¡Mala cabeza!

ERN. ¡Tío!

D. PÍO Deme usté un abrazo. (Abrazándole.)
¡Buen capote! ¡Buena capa!

ERN. Pero, tío...

D. PÍO Ya se vé...

ERN. Tío, yo le juro á usté...

D. PÍO Bueno... y dime, ¿es guapa, es guapa?

ERN. Pero, tío...

D. PÍO Te figuras
que yo soy... ¡Quita de ahí!
Pues hombre... apenas á mí
me gustan las aventuras.

Yo también me despepito
en viendo una buena moza,
y el corazón me retoza
cuando encuentro un buen palmito.
Por las hembras me disloco
y las *juergas* son mi encanto,
y yo me bailo y me canto
y me jaleo y me toco.
Y me traigo *mucho estilo*
y buen *gancho* y malas mañas...
«y me bebo treinta cañas
y me quedo tan tranquilo.»

ERN. A sus años, son extraños
esos arrebatos, tío...

D. Pío ¿Qué es eso, sobrino mío,
de «á sus años... á sus años»?
No son tantos los que cuento
que deban ser advertidos..

ERN. Sesenta y cinco cumplidos...

D. Pío No, niño... Sin cumplimiento,
con toda franqueza... ¿estás?
el día de San Ginés
cumplí los sesenta y trés,
ni uno ménos ni uno más.
Aún la edad no me rindió
y pienso seguir así...
Tener *júbilo...* eso sí,
pero *jubilarme...* nó.
Mira, justamente ahora,
aquí, donde tú me vés,
tengo tres conquistas, tres...
á cual más encantadora.
Tres bellezas peregrinas,
una mejor, si otra buena,
una rubia, una morena
y una castaña... ¡divinas!
Nunca lo que abunda daña,
más si envidias mi fortuna,
aún te puedo ceder una...
¡Vamos! te doy la castaña.

ERN. ¡Oh! no, tío, lo agradezco. (Riendo.)

D. Pío Te advierto que es hechicera.

ERN. Si la tía lo supiera...

D. Pío Cállate, que me estremezco...

Si ella supiera algún día
lo que pasa... ¡desdichado!
pero ¡quiá! no... no hay cuidado
de que se entere tu tía.
Mi sistema es excelente.
Defiendo siempre al marido
á quien tachan de perdido
y ella piensa:—«¡Qué inocente!
Si él otro perdido fuera
lo contrario me diría
y no le defendería,
por disimular siquiera.»
Además, yo soy en todo
cauteloso y precavido...
¡A mí me hubieran cogido
la carta!... De ningún modo.
Siempre con astucia evito
que ella recele ni piense...
Yo tengo mi amanuense
para esas cartas... Pepito.

ERN. Usted también... ¡Qué rareza!

D. Pío Pues tú quizás...

ERN. Sí, señor,
yo le escribo el borrador,
pues conozco su torpeza;
él lo copia, y si algún día
hay un descuido importuno,
no tengo temor alguno;
ven su letra y no la mía.
Hoy, por una distracción,
el borrador no rompí,
lo encontró Clara, y aquí
dió principio la cuestión.

D. Pío Pues, chico, te felicito
porque has salido con bien.

ERN. ¡Vaya! ¿Conque usted también
se vale de don Pepito?

D. Pío Y no esperes que aquí cese
la coincidencia... ¡verás!
También tengo... (Mira á todos lados.)

ERN. Pues qué, ¿hay más?

D. Pío Otra seductora... *ese.*

ERN. ¿También?

D. Pío Si soy yo muy hombre...

Y una *jota* y una *pe*,
y una *erre* y otra que
aún no me ha dicho su nombre.
Pero aunque ella de indiscreto
y de atrevido me tache...

ERN. Tío, llámela usted *hache*
y completa el alfabeto...
¿Conque una... *ese*?

D. PÍO Sí tal.

ERN. ¿Y quién es?

D. PÍO No te lo digo.
Es la mujer de un amigo.

ERN. ¡Diablo!

D. PÍO Y estaría mal.
No vive lejos de aquí
y él es militar...

ERN. (¡Qué escucho!)

D. PÍO Y tú la conoces mucho...

ERN. (La misma... Socorro... sí...)

D. PÍO Aún no he conseguido nada,
que ella se defiende; pero
es coquetilla y espero...
(Se fija en Ernesto, que le mira con ojos espantados y procurando contener la risa.)
¡Ay, sobrino, qué mirada!

ERN. (Yo estallo si no me río...)

D. PÍO Y se te inmuta la faz.

ERN. (¿Será Socorro capáz
de hacerle caso á mi tío?)

D. PÍO Si te pones malo, corro
á avisar...

ERN. No... si es que yo...

D. PÍO Y pido socorro.

ERN. ¡No!...
deje usted en paz á... *Socorro*.

D. PÍO ¡Cómo! ¿Es ella?...

ERN. Tío...

D. PÍO ¡Quita!
¡Y yo que á contarte vengo!...

ERN. Pues sí... es ella.

D. PÍO (Con gran interés.) ¿Y qué?

ENR. Que tengo
para esta noche una cita.

D. PÍO ¿De veras? Cuenta, muchacho...

ERN. Es gracioso...
D. PÍO Sí, á fe mía...
ERN. Pero aquí vuelve la tía.
Venga usted á mi despacho.
(Vánse primera derecha.)

ESCENA IV

DOÑA PRUDENCIA y CLARA por la segunda derecha

CLARA Al acercarnos se han ido (1).
D.ª PRUD. Pues sólo por eso, puedes
comprender que no estarían
rezando...
CLARA ¡Cómo! ¿Usted cree?
Pues el tío...
D.ª PRUD. Es como todos;
la que se fía se pierde.
CLARA Un hombre que peina canas...
D.ª PRUD. Que peina... ¡No está mal *peine!*
Todos los hombres son malos;
esta es regla que no tiene
excepción. Todos, lo mismo
los mozos que los peleles,
los tontos que los discretos,
los mansos que los rebeldes,
los que llevan treinta años
que los que llevan dos meses,
y los que parecen buenos
que los que no lo parecen,
son, serán y han sido falsos,
y libertinos é infieles.
CLARA Usted exagera, tía.
D.ª PRUD. Que yo exagero... ¡inocente!
Desde Adán hasta tu tío
no habido uno sólo ¿entiendes?
ni uno sólo, que en la regla
establecida no entre.
CLARA ¿Adán también? (Riendo.)
D.ª PRUD. Por supuesto.

---

(1) Clara.—Doña Prudencia.

Fué el primer hombre, pues ese
fué el primer monstruo, no hay duda.
Como siete y seis son trece.
Adán se la pegó á Eva.

CLARA ¿Y con quién?

D.ª PRUD. ¡Con la serpiente!

ESCENA V

DICHAS y SOCORRO por el foro

SOC. Muy buenas noches, Clarita (1).

D.ª PRUD. Hola, Socorro... (Se saludan.)

CLARA ¿Qué es eso?
¿Tú por aquí y á estas horas?
(Se sientan las tres.)

SOC. Hija, es un asunto serio
el que me trae, y conviene
que no perdamos el tiempo.

CLARA Tú dirás.

SOC. ¿Estamos solas?

CLARA Solas... ¿pero ese misterio?

SOC. Clara, los hombres del día
son malos...

CLARA Muy malos.

D.ª PRUD. Pésimos.

SOC. Falsos.

CLARA Muy falsos.

D.ª PRUD. Falsísimos.

SOC. Torpes.

CLARA Inícuos.

D.ª PRUD. Perversos.

SOC. Y hay algunos tan osados,
que sin pudor ni respeto
á cosa alguna, se creen
que todo el monte es orégano.

CLARA Es verdad.

D.ª PRUD. Incuestionable.

SOC. Pues bien, hijita; uno de esos
atrevidos me persigue

---

(1) Clara.—Socorro.—Doña Prudencia.

hâce dos meses y medio,
sin dejarme á sol ni á sombra,
y en la calle, en el paseo,
en la iglesia, en el teatro,
y hasta en mi casa, le encuentro
siempre con la misma música
de ternezas y requiebros.
Yo, primero, he procurado
disuadirle de su empeño
con buenas palabras... ¡nada!
Después, le puse mal gesto..
¡nada! Después, le eché un día
de mi casa, ¡nada! Luego,
le amenacé con decir
á mi esposo sus intentos...
¡nada! Por fin, he probado
cien extraordinarios medios,
y ¡nada! Siempre lo mismo,
tenáz, porfiado, terco,
cuando logra verme, hablando;
cuando no me vé, escribiendo,
y me manda cada esquela,
y me escribe cada verso,
y me dice cada cosa...
que dán, por atroces, miedo.
Hoy á tal punto han llegado
su audacia y su atrevimiento...

CLARA (Sonriendo.) Que te has visto precisada
á refugiarte aquí dentro.

SOC. ¿Aquí dentro?... No estoy libre.

CLARA (Con gran extrañeza.)
¿Qué dices? No te comprendo.

SOC. Mira, Clara, yo conozco
que este es un paso violento,
que voy á darte un disgusto,
que voy á turbar con esto
la paz de esta casa...

CLARA (Muy alarmada.) ¡Cómo!

D.ª PRUD. A ver, á ver...

SOC. Y lo siento,
pero, ¿qué quieres? las cosas
han llegado á tal extremo,
que hay que cortar por lo sano...

CLARA Hay que cortar?... (Sin comprenderla.)

D.ª PRUD. Cortaremos.
SOC. Mañana llega mi esposo;
ya conoces tú su genio
y sabes cómo las gasta
cuando le da por los celos;
por eso quiero que hoy mismo
se ponga al asunto término,
antes de que haya un desastre,
que puede evitarse á tiempo.
¿No te parece?
CLARA Es el caso...
(¡Dios mío! ¡Si será Ernesto!)
SOC. Mira, Clara; tú bien sabes
lo mucho que yo te quiero,
desde que siendo muy niñas
dió principio nuestro afecto,
siendo las inseparables
compañeras de colegio;
que siempre, cual tú conmigo,
he buscado tus consejos,
y te he contado mis dichas,
y te he contado mis duelos,
y que entre las dos no ha habido
ni reservas ni secretos...
mas el asunto es tan grave,
¡tan grave!...
D.ª PRUD. (¡Malo!)
CLARA (¡Yo tiemblo!)
SOC. Pero, en fin, ya que es preciso
decírtelo sin rodeos,
aunque me cueste trabajo,
lo primero es lo primero;
si ha de saberse mañana,
vale más saberlo á tiempo;
entre dos males, es siempre
preferible el más pequeño...
y, en fin... mira tú esa carta
y comprenderás el resto.
(Da á Clara una carta. Levántase las tres. Doña Prudencia y Clara quedan juntas. Socorro se retira hacia la derecha.) (1)

(1) Clara.—Doña Prudencia.—Socorro.

CLARA (A Doña Prudencia.)
(¡Ay, tía, yo estoy temblando!)
D.ª PRUD. (¡Lee!) (A Clara.)
CLARA (Si es que no me atrevo)...
D.ª PRUD. (Vamos, mujer, anda pronto.)
CLARA (Yo no sé)... (Fijándose en la carta.)
(Pero, ¿qué veo?...
Es la letra de Pepito.)
D.ª PRUD. (¿De Pepito?)
CLARA (Sí, y recuerdo
las palabras... Son las mismas
del borrador que hizo Ernesto...
¡Ah! No me había engañado.
¿Lo vé usted, tía?...)
D.ª PRUD. (Tomando la carta.) (Lo veo,
y no lo creo. No obstante,
hay engaño.)
CLARA (¿Cómo es eso?)
D.ª PRUD. (Él dijo que se llamaba
Soledad.)
CLARA (También es cierto.)
D.ª PRUD. (Entonces...)
CLARA (Tal vez Pepito
no le ha sido franco en eso...)
SOC. (Observándolas.)
(¡Es extraño, no se altera!)
CLARA (Dirigiéndose á Socorro, riendo.)
Háse visto el arrapiezo...
SOC. (¡Vaya, pues lo toma á risa!)
D.ª PRUD. Quién dijera que ese memo...
CLARA Pues está bien... (A Socorro.)
SOC. Ya lo has visto.
D.ª PRUD. Eso es atroz... (Riendo.)
SOC. (A Clara.) Yo te ruego...
CLARA Deja que venga...
SOC. (Alarmada.) ¿Qué intentas?
CLARA Reñirle... yo té prometo
que no han de quedarle ganas
para asediarte de nuevo.
SOC. Pero...
CLARA Del primer tirón,
con una oreja me quedo.
SOC. ¡Ay! Clara, yo sentiría
ser causa del rompimiento

de un matrimonio.

CLARA No temas.
¿Qué ha de romperse por eso?

D.ª PRUD. No vale la pena.

SOC. (Sorprendida.) ¡Cómo!

CLARA Aunque ha estado muy mal hecho.

D.ª PRUD. Muy mal hecho, sí, señora.

CLARA Y las dos le reñiremos.

D.ª PRUD. Y llevará una lección
que le sirva de escarmiento.

CLARA Y aprenderá que una amiga
siempre es digna de respeto.

D.ª PRUD. Y que á una mujer casada
nunca ofende un caballero.

CLARA ¡Vamos, si esto es increible!

PRUD. ¡Vaya, si parece un sueño!
Yo misma, que mido á todos
los hombres por un rasero,
hubiera puesto por él
las dos manos en el fuego.

SOC. Pues se hubiera usted quemado.

D.ª PRUD. ¡Caracoles!... ¡Ya lo veo!

SOC. Pero, es el caso... que yo,
queriendo poner remedio
por mí misma, le he citado
para esta noche.

CLARA No entiendo...

SOC. Le he escrito que si á las nueve
está mi balcón abierto,
puede entrar... Yo deseaba
hacer el último esfuerzo
antes de dar este paso;
pero después tuve miedo
de hallarme con él á solas.

CLARA Eso es gracioso. (Riendo.)

D.ª PRUD. (Id.) Eso es bueno.

CLARA Si es un ser inofensivo.

D.ª PRUD. Y tímido.

SOC. Lo que es eso...

CLARA (Que se supone que ha sentido pasos y ha ido al foro.)
Pero aquí viene.

SOC. Me marcho.

D.ª PRUD. El sermón va á ser soberbio.

SOC. Voy al cuarto de tu hermana.

CLARA Bien; pero guarda el secreto;
que ella no sepa...
SOC. Descuida.
(¡Qué calma! ¡No la comprendo!)
(Vase por la segunda derecha.)

ESCENA VI

DOÑA PRUDENCIA, CLARA y PEPITO por el foro derecha

PEP. Buenas noches nos dé Dios (1).
CLARA Muy buenas noches, Pepito.
D.ª PRUD. Venga usted, caballerito,
tenemos que hablar los dos.
PEP. Señora...
CLARA ¡Quién lo creyera!
PEP. ¡Qué miradas tan extrañas!
CLARA Ya hemos sabido sus mañas.
D.ª PRUD. Muy bien, señor calavera.
CLARA Con su facha de doctrino
atreverse á tal desmán.
D.ª PRUD. Y echárselas de don Juan,
seductor y libertino.
PEP. ¿Qué dicen? (Aturdido.)
CLARA Tal proceder
merece ejemplar castigo.
¡A la mujer de un amigo!...
D.ª PRUD. No nos queda más que ver.
CLARA Hay perfidias horrorosas,
mas como la suya, no.
PEP. Pero, señor, ¿qué hice yo
para escuchar tales cosas?
CLARA Todo disimulo es vano.
D.ª PRUD. Y es inútil la ficción.
CLARA Porque hay plena convicción.
D.ª PRUD. Y está la prueba en la mano.
CLARA Y ya el castigo comienza.
PEP. Pero, señoras, ¿por qué?
D.ª PRUD. Hipócrita, tome usté,
y muérase de vergüenza.

(1) Clara.—Pepito.—Doña Prudencia.

(Le da la carta que en la escena anterior dió Socorro á Clara y esta á doña Prudencia.)

PEP. ¡Ah!
CLARA De negarlo no hay modo.
D.ª PRUD. ¿Qué dice usted después de esto?
CLARA Además... el mismo Ernesto
nos lo ha confesado todo.
PEP. ¡Confesado!
D.ª PRUD. ¡Sí, señor!
Nos habló de ese... capricho,
y, en fin, hasta nos ha dicho
que él escribió el borrador.
PEP. ¿El ha dicho?...
CLARA Todo, sí.
PEP. Entonces, ¿á qué ese afán?
Ya ustedes comprenderán
que no está la culpa en mí.
D.ª PRUD. ¡Qué desvergüenza!
CLARA ¡Qué horror!
PEP. Está mal... yo lo sabía.
CLARA Entonces...
PEP. Es que lo hacía
creyendo hacer un favor.
D.ª PRUD. ¡Pues me gusta el desparpajo!
PEP. Era un deber de amistad,
y como á mí... ¡la verdad!
no me costaba trabajo!...
D.ª PRUD. ¡Niño!... ¡Niño!...
CLARA ¡Qué cinismo!
D.ª PRUD. ¡Vaya el mocito ejemplar!
PEP. Crea usted que en mi lugar
hace cualquiera lo mismo.
CLARA ¡Si lo supiera Lucía!...
PEP. ¿Y qué importa, si lo sabe
usted, que era lo más grave?...
CLARA ¡Pues me gusta la osadía!
PEP. ¡Es claro! Tan sólo usté
tuviera razón cumplida
para mostrarse ofendida;
pero ella, ¿á santo de qué?
Usted, Clarita, no ignora
que el capricho no es amor;
que el delincuente, en rigor,
solamente á usted adora;

que toda torpe ilusión
es fugaz y pasajera,
pues los sentidos altera
sin llegar al corazón;
que aun cuando, para su daño,
pueda á usted causar enojos,
al volver á usted los ojos
ha de comprender su engaño,
y ha de ver, tras su locura,
sintiéndose hastiado y triste,
que sólo en usted existe
la verdadera ventura.
Si usted perdona el error
á ella, ¿qué duda se ofrece?...

CLARA (Pasa junto á doña Prudencia y la dice bajo.)
(¡Ay, tía, pues no parece
que me está haciendo el amor!) (1)

PEP. Ya comprendo en sus miradas
que todo está perdonado.

D.ª PRUD. (¡Vamos, al niño le ha dado
por las mujeres casadas!)
(A Pepito.)
Nunca le juzgué capaz
de hablar y portarse así...

PEP. En cuanto á usted...

PRUD. ¿Cómo á mí?...
A mí me deja usté en paz.

CLARA ¿Pero el rubor no le agobia?...

PEP. Yo así servir he querido
al amigo y al marido
de la hermana de mi novia.

CLARA ¿Qué dice? (Alarmada.)

PEP. Yo, por supuesto,
le he dicho en cién ocasiones:
«Mira, Ernesto, que te expones,
mira lo que haces, Ernesto.
Si se descubre algún día
hay un lance desdichado.»
Y él decía:—«No hay cuidado;
ven tu letra, y no la mía.»

D.ª PRUD. (¡Malo, malo, malo, malo!)

---

(1) Pepito.—Clara.—Doña Prudencia.

CLARA (¡Era Ernesto!)
PEP. Y yo, después,
le replicaba:—«Ya ves,
pero... ¡y si me dán un palo!»
CLARA (Paseando furiosa de un lado á otro de la escena.)
¿Conque era Ernesto?... ¡Bandido!
D.ª PRUD. Hay que arrancarle la piel. (Siguiéndola.)
PEP. ¿Pero no lo ha dicho él?
(¡Verá usted si me he lucido!)
CLARA ¡Infame! ¡Pérfido! ¡Víl! (Idem.)
PEP. Clara, por todos los santos...
PRUD. Hazle sufrir mil quebrantos. (Idem.)
PEP. Hija, por las once mil...
D.ª PRUD. Pues te causa estos enojos...
págale ciento por uno.
Mira, lo más oportuno
es que le saques los ojos.
PEP. Clara, es que yo no creía...
Yo el solo culpable soy,
Ernesto, no...
CLARA Desde hoy
no piense usted en Lucía.
(Al decir esta frase deben estar las figuras colocadas como indica la nota.) (1)
PEP. ¡No pensar en ella!... ¡Voto!
¿Hay desdicha semejante?
CLARA Quítese usted de delante...
¡Mamarracho! (Pasa.)
D.ª PRUD. (Idem.) ¡Galeoto! (2)

ESCENA VII

DICHOS y SOCORRO, por la segunda derecha

SOC. Parece que hay marejada... (3)
CLARA ¡Ay! Socorro, ven aquí.
¿Conque era Ernesto?
SOC. Está claro.

---

(1) Doña Prudencia.—Clara.—Pepito.
(2) Pepito.—Doña Prudencia.—Clara.
(3) Pepito.—Doña Prudencia.—Clara.—Socorro

CLARA No hay mujer más infeliz.
SOC. ¿Creíste?...
CLARA Como la letra
es de este chisgarabís...
PEP. ¿Eh?
D.ª PRUD. (Marcándolo mucho.)
Chisgarabís ha dicho.
PEP. Sí, señora; ya lo oí.
CLARA Pensé que de él se trataba,
y no pude presumir...
SOC. Clara, yo siento muchísimo...
CLARA Pero esto no queda así...
y hé de hacer un ejemplar.
D.ª PRUD. Un *ejemplar*... no, diez mil,
una *tirada* completa
de todo cuanto hay aquí
á su cabeza.
SOC. Eso nunca.
¿Así qué ha de conseguir?
Aburrirle, exasperarle,
provocar su frenesí
y alejarle de su lado,
quizás para siempre, al fin.
La oveja descarriada
debe volverse al redil,
teniendo en cuenta que sirve,
más que la fuerza, el ardid.
D.ª PRUD. Pero es que aquí no hay oveja
sino un lobo, un puerco espín.
SOC. (Pasando.)
Yo tengo un plán; si vosotras (1)
os queréis unir á mí,
el triunfo es nuestro; yo quedo
libre de tal Amadís,
él corrido y castigado,
y tú vengada y felíz.
CLARA ¿Qué intentas?
SOC. (Señalando á doña Prudencia y á Pepito.)
Los tres nos vamos
á casa...
PEP. ¿Yo también?...

(1) Pepito.—Doña Prudencia.—Socorro.—Clara.

SOC. Sí.

CLARA Usted sirvió para el mal,
para el bien debe servir.

D.ª PRUD. Usté irá donde lo lleven.

SOC. Ahora tú, quedas aquí... (A Clara.)
Son las nueve menos cuarto.
Pronto deberá salir.
Procuras entretenerlo...
sin poner mal gesto y sin
darle á conocer que tienes
noticia de su deslíz.
Le haces cuatro carantoñas,
que él no podrá resistir,
le dices cuatro ternezas,
que le causarán... *esplín*,
—en ciertos casos, ¿qué quieres?
los maridos son así.—
y cuando al fin dé la hora
y no puedas impedir
que salga. . —porque saldrá ..—
tú cruzas la calle y
te vienes á casa, entrando
por la puerta del jardín.
Te ocultas, hago la seña,
él, juzgándose feliz,
entra en la red, inconsciente,
se echa á mis plantas...

D.ª PRUD. (Acabando la frase) Y allí
le dejamos sin orejas,
sin ojos y sin nariz.

CLARA ¡Ay, no!... Que vá á estar muy feo.

D.ª PRUD. ¿Y eso qué te importa á tí?...

CLARA ¿Pues á quién?

D.ª PRUD. Más feo, más
es su proceder ruín.

SOC. Pero no hay que perder tiempo.

D.ª PRUD. Vamos.

PEP. Vamos.

CLARA ¡Ay de mí!

SOC. Disimulo, y hasta ahora.

CLARA No sé si podré fingir.

(Vanse por el foro Socorro, Pepito y doña Prudencia.)

ESCENA VIII

CLARA

¡Ay, Dios mío de mi alma!
Temo que al volverle á ver
no me podré contener
y va á faltarme la calma.
Descubierto ya su juego,
entre ambos concluyó todo...
¡Engañarme de ese modo...
y burlarse de mí luego!
¡Con qué frescura mentía
y la fábula inventaba!
¡Y yo, simple, que escuchaba,
y necia, que le creía!
¡Es claro! Al verme él así,
cobró osadía y aplomo.
Allá, en sus adentros, ¡cómo
se habrá reído de mí!
Pero yo he de ser cruel,
implacable en su quebranto.
¡Oh! No se figura cuánto
pienso yo reirme de él.
Reirme, sí; que el impío
mis lágrimas no merece...
Cuando vea que él padece...
(Lloriqueando sin poderse contener.)
él verá... cómo... me río...
¡Desdichada condición!
Quisiera reirme y lloro...
Quisiera odiarle... y le adoro
con todo mi corazón.
Al sospechar su maldad,
llegué hasta encolerizarme,
y ahora ni aun puedo enfadarme
tocando la realidad.
Y es que temiendo perder
siempre aquello que es querido,
cuando lo vemos perdido
no lo queremos creer.
Por eso, con tal frecuencia,

aunque la razón lo afée,
en la sospecha se crée
y se duda en la evidencia.
Pero no, no hay que dudar,
pues bien claro está el engaño,
y ya que él supo, en mi daño,
fingir y disimular,
yo su ejemplo he de seguir;
procuraré serenarme,
y sabré, para vengarme,
disimular y fingir. (Mira á la primera derecha.)
¡Ah! Ya ha apagado la luz
y vuelve aquí con el tío...
Dios me preste aliento y brío...
Por la señal de la cruz... (Persignándose)

ESCENA IX

CLARA, ERNESTO y DON PÍO por la primera derecha

ERN. Adiós, Clara, hasta después.
(Yendo hacia el foro.)
D. PÍO (No le permitas salir.) (Bajo á Clara.)
CLARA ¿Te marchas?
ERN. (Bajando.) Sí, tengo que ir
á un asunto de interés (1).
CLARA ¿Me dejas sola?
ERN. Un momento.
CLARA Sí, como todos los días.
Hoy... pensé que no saldrías.
ERN. Bien sabe Dios que lo siento.
CLARA Después del necio altercado
que esta tarde hemos tenido,
accede á lo que te pido...
No te vayas de mi lado.
ERN. Yo complacerte quisiera,
pero has de ser indulgente.
Es asunto grave, urgente,
y, en fin, que no admite espera.
De excusarme no hallo modo,

(1) Clara.—Ernesto.—Don Pío.

porque se trata de un lío...
CLARA ¡Cómo!
ERN. De cuentas. El tío
está enterado de todo.
CLARA ¿De veras?
ERN. ¿No es cierto?
D. PÍO Sí.
(Yo le obligaré á quedarse.)
Pero... pudiera arreglarse.
ERN. ¡Cómo! (Muy alarmado.)
D. PÍO Yendo yo por tí.
ERN. ¡Tío!..
D. PÍO No hay que hacer alarde.
Clarita tiene razón.
Después de la... discusión
que habéis tenido esta tarde,
debes quedarte á su lado.
Yo á arreglar tu asunto voy.
ERN. ¿Usted qué sabe? (Sin poderse contener.)
D. PÍO (Con mucha calma) ¿No estoy
perfectamente enterado?
ERN. Sí... pero usted se molesta, (Confundido.)
y es consentirlo un exceso.
D. PÍO ¡Vamos, calla! Si á mí eso
ningún trabajo me cuesta.
Tú quieres quedarte aquí
y eso te lo impide, ¿no?
Para eso estoy aquí yo.
¿Qué no haría yo por tí?
ERN. Pero...
D. PÍO Me haces una afrenta
si te opones. ¡Quita, quita!
Tu aquí con tu mujercita...
yo á trabajar... por tu cuenta.
Verás cómo cumplo bien,
puesto que estoy enterado...
ERN. (¿Por qué le habré yo contado?...
Maldito de Dios, amén.)
D. PÍO Pero, hombre, estás aturdido,
y mirarte así no quiero.
Vamos, deja tu sombrero.
(Se lo coge y lo deja sobre una silla. Ernesto pasa á la derecha.)

¿Qué te pasa? ¡Ah, comprendido! (1)
Me pones el ceño torvo.
Pues tu afán no satisfaces
sin haber hecho las paces...
(Indica acción de abrazar á Clara.)
y ¡es natural! yo os estorbo.
Pues, nada, no me detengo.
Corro á arreglar tus asuntos,
y os dejo amantes y juntos.
¡Pillo! ¡Qué envidia te tengo!
Queda tranquilo y confía
en mí, con satisfacción...

ERN. (Pero, tío, esa traición.) (Bajo á don Pío.)

D. PÍO *(Traición es, más como mía.)*
(Alto.) ¡Cuánto os váis á divertir
solitos! ¡Picaronazos!
Clara, échale tú los brazos
y no le dejes salir.
(Clara demuestra en su gesto y actitud el disgusto que sufre. Ernesto pone una cara «de mil demonios.»)
¡Qué caras tienen los dos
de satisfacción ahora! .. (Mira su reloj.)
¡Uy! Las nueve. Ya es la hora.
Vaya, sobrinos... ¡Adiós! (Vase por el foro.)

ESCENA X

CLARA y ERNESTO

CLARA ¡Qué cariñoso es el tío!

ERN. Sí. (Muy secamente.)

CLARA ¿Te quedas á disgusto?

ERN. No. (Como antes.)

CLARA Pues no estés tan adusto
y tan grave y tan sombrío.

ERN. (Mirando el reloj del gabinete.)
(Son las nueve menos diez.
Aún es tiempo.)

CLARA (Atrayéndole hacia el sofá, ante el que habrá un pequeño velador con periódicos, y un álbum con re-

---

(1) Clara.—Don Pío.—Ernesto.

tratos.) Ven aquí,
y siéntate junto á mí
y desecha esa esquivez. (Se sientan.)
Hoy, al sospechar deslices
que te acusaban de ingrato,
he pasado muy mal rato
y es justo que me indemnices.
Vuélveme mis alegrías
con tus frases cariñosas;
repíteme «aquellas cosas»
que hace un año me decías;
aquel dulce «yo te quiero»
que siempre un eco contesta;
aquella hermosa protesta
de amor imperecedero
que sin cesar repetías
llenándome de contento;
aquél grato juramento
que tantas veces me hacías...
y... aunque sé que exagerabas
con hipérboles y tropos,
aquellos tiernos piropos
con que me ruborizabas.
Ya no eres el mismo, no,
y es natural que me inquiete.

ERN. (Mirando disimuladamente el reloj.)
(¡Uy, las nueve menos siete!
¡Cómo corre ese reloj!)

CLARA ¿Por qué estás hoy tan huraño,
si yo cariñosa estoy?
¿Por qué no me miras hoy
amante, como hace un año?
Mas... ¡ya caigo!... Todavía,
seguramente, te enfada
la cuestioncilla pasada
por aquella... tontería.
¡Qué simple!... Quien tiene amor
siempre sufre esos desvelos...
¡Vaya! Perdona mis celos
y no me guardes rencor.
De mis quejas infundadas
ni aun quiero que más se hable...
Y pues es más agradable
recordar dichas pasadas

y evocar recuerdos gratos,
que siempre causan placer,
nos vamos á entretener
repasando los retratos.
(Acerca el velador, y abre el album de fotografías.)
¡Verás qué recuerdos!...

ERN. Sí.
Distracción de chicos... ¡Bah!
Ponerse á ver *monos*.

CLARA ¡Ah!
Recuerda que estás tú aquí.
Y el primero, sí, señor. (Señalando al retrato; que estará en la segunda página del album.)
¡Contémplate! Qué orgulloso
cuando me hacías el *oso;*
quiero decir, el amor.
¡Mire usted el presumido!
¡Qué elegante y qué estirado!
¡Con el pelito rizado
y el bigote retorcido!

ERN. Vamos, pasa... ¡qué manía!

CLARA ¡Yo estoy enfrente de tí!
¡Qué bien estamos así!
(Juntando las hojas.)
Tu cara junto á la mía.
Siempre en esta posición,
y ninguno se fastidia...
¡Le voy á tener envidia
á un pedazo de cartón!...
(Sigue volviendo las hojas.)
Mamá... no hablaremos de esa.
Papá... Mira, ¡qué galán! (Vuelve la hoja.)
¡Ah! Mi primo, el capitán
de húsares de la Princesa.
¡Qué bizarro! Y por las trazas
me quería... pero, amigo,
preferí unirme contigo,
y á este le dí calabazas.
Enfrente la de Rubí...
Fué tu novia antes que yo.
Esta... creo que te dió
las calabazas á tí. (Vuelve otra hoja.)
Mi amiga Socorro...

ERN. (Que estaba distraído) ¿Eh?

CLARA Mi amiga Socorro...
ERN. (Disimulando.) ¡Ah!
CLARA Mírala, ¡qué guapa está!
¡Verdad que siempre lo fué!
Y al ladito su marido,
á quien adora y es fiel,
porque ella es honrada, y él
es digno de ser querido.
Y la ama con frenesí,
con delirio; si tú vieras...
Y á tí te quiere él de veras;
por eso me gusta á mí.
Que aunque parece algo záfio,
es muy noble y bondadoso...
Buen amigo... buen esposo...
ERN. (Bruscamente levantándose.)
Vas á escribir su epitafio.
Deja ya el libro, por Dios.
CLARA ¿Te aburres? Lo dejaremos.
(Retira el velador y se levanta también.)
Pero, entonces, dí, ¿qué hacemos
que nos distraiga á los dos?
ERN. Qué se yo...
CLARA ¡Buena ocurrencia!
Voy á desterrar tu esplín
leyéndote el folletín
que trae *La Correspondencia.*
ERN. No, por Dios... (Con espanto.)
CLARA Todo es en vano
y el aburrirte me asusta...
¡Ah! ya sé lo que te gusta...
voy á tocar el piano. (Revolviendo los papeles del musiquero.)
Una pieza en que hay derroche
de pasión, y conceptúo
oportunísima el duo
de las «Nueve de la noche».
(Da el reló pausadamente las nueve.)
ERN. (¡Las nueve!)
CLARA Y si no, mejor
un vals, «La desconfianza»,
que es muy lindo... ó la romanza
«La primer cita de amor.»
¡Bah! Tampoco... Quiero hallar

algo oportuno y no sé... (Cogiendo un papel.)
¡Ay! Ahora sí que encontré
lo que más te ha de gustar.
Aquí está... ¿No lo adivinas?
Pues antes era tu afán
oir lo de (Canturreándolo.) «Volverán
las obscuras golondrinas.»

ERN. (Se sienta.)
(Cuando se pone á cantar
se electriza sin sentir;
si me pudiera escurrir
y me pudiera escapar...)

CLARA ¿Te gusta la idea, eh?

ERN. (¡Le seguiré la corriente!)
Sí, me parece excelente.

CLARA Gracias á Dios que acerté.
(Se sienta al piano y empieza á teclear «pianísimo,» como hacen los que se disponen á tocar.)

ERN. (Luego, si á enojo lo toma,
calmaré su frenesí
diciéndole que me fuí
sólo por darle una broma,
por saber si se enfadaba,
por corregir su manía,
por oir lo que decía
y por ver lo que pasaba.
Y para endulzar sus iras
y sus recriminaciones,
le traeré unos bombones
y le diré unas mentiras.
Con dos frases zalameras
queda su afán satisfecho,
y yo no desaprovecho...)

CLARA ¿Empiezo?...

ERN. Cuando tú quieras.

CLARA (Canta acompañándose.)
«Volverán las obscuras golondrinas...
en tu balcón sus nidos á colgar...»
(Ernesto se ha levantado y ha ido de puntillas á coger el sombrero. Clara se detiene de pronto, se vuelve y él queda inmóvil.)
¿Te gusta?...

ERN. Me gusta mucho...

CLARA ¿Mas por qué te has levantado?...

ERN. Por... nada...

CLARA Ven á mi lado.

ERN. No... no... Desde aquí te escucho.

(Repite Clara el primer verso de la melodía. Ernesto coge el sombrero y va de puntillas hacia la puerta. Ella vuelve á interrumpirse y él queda de nuevo inmóvil y ocultando el sombrero detrás de sí.)

«Volverán las obscuras golondrinas
de tu balcón sus nidos á colgar.»
(Volviendo la cabeza.)
No me encuentro en voz ahora...

ERN. ¡Vaya! ¡Pues si es un primor!...
Cantas como un ruiseñor...
ó como una ruiseñora...
Sigue...

CLARA ¿Adulador también?

ERN. Pero así resulta mal.
Sigue, sigue hasta el final.

(Clara canta. A cada verso de la melodía dice él una de las frases avanzando hacia la puerta.)

CLARA «Volverán las obscuras golondrinas.»

ERN. ¡Bravo!

CLARA «En tu balcón sus nidos á colgar.»

ERN. ¡Bravísimo!

CLARA «Y otra vez con el ala en tus cristales
jugando llamarán.»

ERN. Bien. (Desaparece. Clara sigue cantando.)

CLARA «Pero aquellas que el vuelo refrenaban,
tu hermosura y mi dicha al contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros nombres,
(Deja de cantar, vuelve la cabeza, ve que Ernesto no está, y acaba la frase maquinalmente, sin tocar, silabeando en esta forma:)
esas... no... vol... ve... rán.»
(Se levanta precipitadamedte, corre á la puerta, ve que se ha ido, y exclama:)
Se fué... sí, y con él se van
mi fe, mi ilusión, mi calma...
Las golondrinas del alma,
que tampoco volverán.
(Se dirige hacia la derecha, y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante en casa de Socorro. Balcón al foro. Dos puertas á cada lado: la segunda izquierda es la de entrada. Entre ésta y el balcón, chimenea: entre las de la derecha, piano: al lado opuesto, entredós. Velador en el centro. Quinqués encendidos, así como un candelabro con bujías que habrá sobre el velador. Junto al piano, y al lado de la puerta primera derecha, jaula con loro, sobre pié á propósito.

ESCENA PRIMERA

SOCORRO, CLARA, DOÑA PRUDENCIA, PEPITO. Clara junto al balcón figura estar mirando, por entre las cortinas, á la calle, con la precaución necesaria para no ser vista desde ella. Pepe escribe en el velador una carta que se supone le dicta Socorro, que está de pié detrás de él, como leyendo por encima de su hombro lo que escribe. Doña Prudencia, sentada junto á la chimenea, en una butaca, de frente á Clara, habla con ésta.

CLARA — Cinco veces ha cruzado
siempre mirando al balcón... (1)
Ahora se para...
(Retirándose precipitadamente para no ser vista.)

D.ª PRUD. — ¿Se para?
Eso es que se le acabó

(1) Doña Prudencia.—Pepito.—Socorro.—Clara.

la cuerda... Más vale así.
Tu marido es un reloj
que anda más de lo que debe.
(Se levanta y viene al proscenio.)

CLARA ¡Jesús, qué comparación!
¡Va usted á hacer que me ria
cuando más furiosa estoy!
(Baja junto a doña Prudencia.)

D.ª PRUD. Pues no es ningún disparate.
Los hombres relojes son
que unas veces andan mal
y que otras... andan peor.
Todos ellos *dan la hora*
y hasta, en alguna ocasión,
los *cuartos*, donde no deben.
Algunos conozco yo
que luego, en casa, los pobres,
se *atrasan* de un modo atroz.
¡Que anden los solteros... ¡bueno!
¡Vayan benditos de Dios!
Pero los casados deben
pararse, sin remisión.

CLARA ¿Pararse?

D.ª PRUD. No como Ernesto
hace poco se se paró. (Con mucha intención.)
Deben pararse... en la *una*
y este se para... en las *dos*.

CLARA ¡Qué ocurrencia!

D.ª PRUD. Y ya parados,
para mayor precaución,
se les pone una cadena...

PEP. Bien, lo mismo que á un bull-dog.

D.ª PRUD. Una cadena... cortita.

SOC. Porque no los roben.

D.ª PRUD. No.
¿Quién va á robar á esos trastos?
Es porque como ellos son
todos relojes de *escape*...
se *escapan* á lo mejor.

SOC. De manera que don Pío
será también un reloj.

D.ª PRUD. Fué un reloj... para pegármela
de los de *repetición*,
porque repitió el engaño

hasta que lo paré yo,
cuando ya estaba en las *doce...*
conquistas, el muy bribón.
¡Qué escena!

PEP. Me la figuro.

D.ª PRUD. Quedó aterrado, sin voz,
y, de seguro, sin ganas
de hacer más el seductor.
El era un reloj de *cuco*,
pero ya, hija mía, hoy
es el reloj de Pamplona...

CLARA Siempre tiene buen humor...

SOC. (Si ella supiera que está
esperando en el salón...)
¡Vaya, no hay que entretenerse,
que el tiempo pasa veloz,
y si se cansa, pudiera
quedar frustrado el *complot.*
¿Está ya la carta? (A Pepito.)

PEP. Sí.

SOC. Pues deme usté el borrador.

D.ª PRUD. Pero, ¿qué dice? Sepamos.

SOC. Oidlo con atención. (Leyendo.) (1)
«Clarita, adorada mía:
»A Madrid he vuelto hoy
»y llego ansioso de hablarte.
»Procura que tu feroz
»tirano salga esta noche
»y á las nueve en punto, yo
»te espero donde tú sabes.
»Adiós, mi vida... mi amor...
»Tuyo apasionado, C.
»No faltes, por compasión.»

CLARA Aun sabiendo que es de chanza,
me dá esa carta rubor.

D.ª PRUD. Bien; pero, ¿qué te propones?

SOC. Allá va la explicación. (A Pepito.)
Usted la lleva ahora á casa
de Clara.

PEP. ¡Cómo!... Yo voy...

SOC. No interrumpa usted. La deja

(1) Pepito.—Doña Prudencia.—Socorro.—Clara.

encima del tocador,
en el gabinete... en sitio
que usté encuentre más *ad hoc*,
para que él la pueda hallar
al volver á casa.

PEP. ¡Ay, Dios!
Y verá mi letra...

SOC. Bueno.

PEP. Y me buscará...

SOC. Mejor.
Usted dice á la doncella,
ó al criado, ó á los dos,
que viene usted á mi casa...
y se vuelve aquí veloz.

PEP. Y él vendrá detrás de mí.

SOC. Es de esperar...

PEP. Eso no.
Es de... *no* esperar.

D.ª PRUD. Silencio.

SOC. Usté, en esta habitación,
lo espera...

PEP. ¡Justo! y que él...

CLARA Si usté es débil ó es traidor,
no piense más en Lucía.

PEP. Es que vendrá hecho un león ..

D.ª PRUD. Hecho un *oso*, como siempre.

PEP. ¿Y qué hago ante su furor?

SOC. Pues él dirá:—«Te buscaba.»
Y usted le dirá:—«Aquí estoy.»
El dirá:—«¿Conoces esto?»
y usted le dirá:—«¡Pues no!...»
El dirá:—¿Quién lo ha dictado?—
y usted, con gran discreción,
se resistirá á decirlo.
El insistirá feroz,
y usted le dirá...

PEP. ¡Socorro!

SOC. ¿Vá usté á decirle que yo?..

PEP. No es eso; es que pediré
socorro, auxilio y favor,
porque al llegar á ese punto,
ya me ha roto el esternón.

SOC. ¡Bah! Déjese usted de chanzas.

PEP. Eso es mas claro que el sol.

Soc. Pues si lo revienta á usted,
hará muy bien, sí, señor.

Clara (Que poco antes ha vuelto á mirar por el balcón, baja diciendo:)
Parece que se impacienta;
se para frente al balcón,
mueve la cabeza, y mira
la hora bajo el farol.

Soc. Pues andando, que después,
el resto de la función,
cuando usted esté de vuelta,
ya arreglaremos los dos.
Ahora no hay que perder tiempo.

Pep. Si con esta comisión
no pierdo alguna otra cosa,
por bien librado me doy.
(Va á salir por la izquierda. Socorro le detiene.)

Soc. Pero, ¿por dónde vá usted?

Pep. ¿Por dónde voy? ¡Qué se yo!

Soc. Por la puerta del jardín
es más cerca y es mejor,
para no hallarse con él.
(Dirigiéndole á la segunda izquierda.)
No olvide usted la lección.

Pep. Si esta vez salvo el pellejo,
aunque no salve el honor,
prometo rezar mil salves
á la Virgen de la O. (Vase.)

ESCENA II

SOCORRO, CLARA y DOÑA PRUDENCIA

Clara Pero, en fin, ¿qué te propones? (1)

Soc. Fuera largo de contar,
y aún necesito tomar
algunas disposiciones.
Dejadme á solas con él,
y las dos entrad allí.
(Señalando primera derecha.)

---

(1) Doña Prudencia.—Socorro.—Clara.

Tened confianza en mí,
que ya sé bien mi papel.

CLARA Manda, que á nada resisto.

SOC. Con lo que tú me has contado,
mi plan ya tengo fraguado,
si no ocurre algo imprevisto.
Y aunque no soy ducha en farsas,
en esta sabré andar lista:
yo haré la protagonista
y vosotras las comparsas.
Ya tengo algunas escenas
dispuestas para empezar,
y que han de hacerle pasar
contrariedades y penas
y quebrantos y disgustos
y martirios y desvelos
y sobresaltos y celos
y contratiempos y sustos...
hasta la postrera dósis
que le curará su mal
cuando salgáis al final.

D.ª PRUD. Comprendo: en la *apoteosis*.

SOC. Será un drama terminado
sin catástrofes ni horrores:
«Tres ángeles salvadores
de un mortal descarriado.»
Yo, el ángel que al pecador
para convertirlo aguarda.
Clara, el ángel de la Guarda...

D.ª PRUD. Y yo, el *exterminador*. (Muy marcado.)

SOC. Vaya, adentro y sin chistar.
Mucha prudencia y sosiego (2).

D.ª PRUD. Bien, sí. (Yo salgo y le pego,
sin poderlo remediar.)

CLARA ¡Ay, tía! Yo siento... así...
un sobresalto y un miedo,
que apenas tenerme puedo.

PRUD. No temás, que estoy yo aquí.
Y yo le daré el castigo
si tú, por débil, no acabas.
Cuando tú le suplicabas

---

(2) Socorro.—Doña Prudencia.—Clara.

que se estuviera contigo,
«no hay tu tía» te decía,
pues en cogiéndole aquí,
deja que me toque á mí...
y ya verá «si hay tu tía.»
(Entran doña Prudencia y Clara primera derecha, cerrando la puerta. Socorro toca un timbre, y sale una doncella por la segunda izquierda.)

Soc. Para que el castigo encuentre,
bien hizo el otro en venir.
(A la doncella.)
Ya le puede usted decir
al señor don Pío que entre. (Vase la doncella.)
Y ahora, sin más dilación,
pues ya son las nueve y media,
empecemos la comedia;
vamos á abrir el balcón. (Lo hace.)

ESCENA III

SOCORRO y DON PÍO por la segunda izquierda (1)

D. Pío ¡Socorrito, Socorrito!
Hoy hablarla necesito
de un asunto singular.
El que espera desespera
y esperándola allá fuera
me cansaba de esperar.

Soc. (Con mucho misterio.)
Más bajito... más bajito...
no alce usted por Dios el grito,
que me va á comprometer.

D. Pío (En voz muy baja.)
¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido?

Soc. Que ha llegado mi marido
y nos puede sorprender.

D. Pío ¡Caracoles! (En voz alta. A una seña de Socorro vuelve á hablar muy bajo.)
¡Caracoles!
¡Eso tiene tres bemoles!

---

(1) Don Pío.—Socorro.

¡Qué feroz contrariedad!
Soc. El, de ustéd está *escamado*,
y si aquí le ve á mi lado
hace una barbaridad.
D. Pío (¡Caspitina!.. ¡Caspitina!...
Ocasión más peregrina
no se vuelve á presentar.)
Soc. Ha salido hace un instante;
pero va de mal talante
y no debe de tardar.
D. Pío ¡Qué diablura! ¡Qué diablura!
¡Qué pesar! ¡Qué desventura!
¡Y qué suerte tan cruel! (Suena un campanillazo.)
¿Han llamado?...
Soc. Sí, por cierto...
¡Ay, Dios mío!... Ya han abierto,
¡y no hay duda de que es él!
D. Pío ¡Carambita! ¡Carambita!
Pues si verme aquí le irrita,
esto es cosa de correr...
Con permiso de usted parto.
Soc. Entre usted en aquel cuarto.
(Señalando al primero izquierda.)
Ya no hay tiempo que perder.
Vamos pronto... vamos pronto...
Si se queda usté hecho un tonto
no saldremos hoy con bien.
D. Pío ¡Zapateta! ¡Carabina!
¡Caracoles!... ¡Caspitina!
¡Qué demonio de belén!
(Entra cerrando la puerta.)

ESCENA IV

SOCORRO. Una DONCELLA. A su tiempo ERNESTO y DOÑA PRUDENCIA. SOCORRO toca el timbre, sale LA DONCELLA

Soc. ¿Han llamado?
Donc. Sí, señora.
Es el señor don Ernesto...
¿Le hágo pasar?
Soc. Por supuesto.
(Vase la doncella.)

Lo bueno comienza ahora. (Se dirige al piano.

D. Pío (Sacando la cabeza.)
¡Socorrito!

Soc. Que ya entró.
Por Dios, no haga usté ruido,
y estése usted escondido
hasta que le avise yo.

(Se sienta al piano y canta á media voz, acompañándose: «Volverán las obscuras golondrinas,» etc. Ernesto sale. se detiene oyendo á Socorro y dice:

Ern. ¡Diantre!... Es cosa de reir... (1)
¡Coincidencia singular!
Me cantan aquí al entrar
lo mismo que allí al salir.
Y es lo gracioso también,
siendo la canción igual,
que allí me sonaba mal,
y ahora aquí me suena bien. (Pausa. Se acerca.)
¡Socorro!

Soc. (Deja de cantar, vuelve la cabeza y se levanta.) (2)
¿Eres tú?

Ern. Pensé
que á verte no llegaría.

Soc. La culpa no ha sido mía.
Ahora te lo explicaré.

Ern. ¿Para qué? Ya estoy aquí...
no es preciso que me expliques
nada, ni te justifiques,
pues sólo con verte así
siento una dicha sin nombre;
me siento alegre y contento,
me siento feliz... me siento...

Soc. Bueno, pues, siéntate, hombre.
(Se sientan. Ernesto de espaldas á la primera puerta derecha. Pausa.)

Ern. Quisiera, sin aburrirte,
vivir siempre de esta suerte,
pues ni me canso de verte,
ni me cansaré de oirte.
¡Ay, Socorro, cuánto vales!

---

(1) Ernesto.—Socorro.
(2) Socorro.—Ernesto.

(Tratando de cogerle una mano.)

SOC. (Conteniéndole con afectuosa severidad.
Vaya, déjate de extremos...
No me incomodes y hablemos
como personas formales.
No hagas que me atemorice
y no vuelvas más á verme.

D.ª PRUD. (Entreabriendo la puerta y el portier.)
(Yo no puedo contenerme:
quiero escuchar lo que dice.)

ERN. ¡Cuánto me haces esperar
la dicha que el alma ansía,
ingrata adorada mía!...

SOC. Pero, hombre, ¿quiéres callar?

ERN. Es de mármol ó es de nieve,
sin duda, tu corazón:
ni comprende mi pasión,
ni mi dolor le conmueve...
Dolor que conmigo acaba
y que el pecho me devora...

D.ª PRUD. (¡De qué buena gana ahora
salía yo y lo arañaba!)

ERN. ¿Por qué con burlas respondes
á quien te quiere tan bien?...
¿Por qué ese fiero desdén?
¿Por qué no me correspondes?

SOC. ¿Yo? ¡Casada!

ERN. ¿Eso qué importa?

D.ª PRUD. (¡Jesús, María y José!)

SOC. ¡Tú, casado!

ERN. Bien, ¿y qué?
Lazo que oprime se corta.

SOC. Sólo en broma, se tolera
tal lenguaje, que si no...

D.ª PRUD. (Ya te cortaría yo
la cabeza, si pudiera.)

SOC. Para hablarme de ese modo
no está firme tu razón.

ERN. Cuando ciega la pasión
hay que atropellar por todo.

SOC. Tu esposa es honrada y bella...

ERN. Pero es tan fría y tan sosa...

SOC. Y no merece tu esposa
que así te portes con ella.

¿No guarda fiel tu decoro?

ERN. Sí lo guarda... pero es que...
me aburre...

D.ª PRUD. ¡Canalla!
(Sin poderse contener. Cierra la puerta.)

ERN. ¿Eh? (Levantándose.)

SOC. No hagas caso... Ha sido.. el loro.

ERN. Pero...

SOC. ¿Por qué te alborotas?
Son cosas de mi marido,
que ese capricho ha tenido
de enseñarle palabrotas.
Y en cogiendo el estribillo
ya lo tienes todo el día
con su eterna letanía
de ¡pillo! ¡canalla! ¡pillo!

ERN. La voz que dijo ¡canalla!... (Receloso.)

SOC. ¡Si eso es la cosa más mona!...
¡Habla como una persona! (Con intención.)
¡Cállate, lorito, calla!
¡Oh, tiene un pico de oro!...
¡Si lo oyeras!...

ERN. (Sentándose.) ¡Ya se ve!

SOC. ¿Con que decías?...

ERN. ¡No sé!...
¡Me ha desconcertado el loro!...

SOC. Pero, hombre, por ese grito
que él ha dado sin pensar,
no te vayas á enfadar
con el pobre animalito...
¿Que habla bien ó que maldice?
¡Qué sabe el pobre animal!
Peor es, el que habla mal,
sabiendo lo que se dice.
Con que así, vamos á ver:
volvamos á la cuestión,
reanudando la ilación...
Tú hablabas de tu mujer.
¿Por qué á tus gustos traidores
la quieres sacrificar?
¿Por qué abandonas tu hogar,
que es nido de tus amores?

ERN. Pues bien, te lo explicaré
con una comparación,

recordando la canción
que cantabas cuando entré.
Oye, ya que me acriminas.
Por instinto natural
sentimos impulso igual
personas y golondrinas.
El frío nos desalienta
como el calor nos inflama,
la primavera nos llama
y el invierno nos ahuyenta.
El calor es el amor
como el frío es el hastío.
Mi alma allí muere de frío...
y necesita calor.

SOC. (Es gravísimo su mal
y ya no pueden servir
paliativos: hay que ir
al remedio radical.)

D.ª PRUD. (¿Hace el frío que te ahuyentes?
Pues si fueras mi marido
ya hubieras de allí salido
con las orejas calientes.)

ERN. Esa canción que al entrar
aquí embelesado oí,
la estaban cantando allí
y no la pude aguantar.
Era un ingrato ruïdo
que me hizo huir presuroso.

SOC. (Riendo.)
¡Es gracioso!... ¡muy gracioso!...
¡Lo mismo que mi marido!..

ERN. ¿Eh?

SOC. No me has dejado hablar
cuando yo quise advertirte,
y no he podido decirte
el por qué te hice esperar.
Mi marido está en Madrid.
Llegó esta mañana...

ERN. (Muy contrariado.) ¡Ah!

SOC. Y esta noche no se va
si no apelo yo á un ardid.

ERN. ¿Un ardid?...

SOC. Ardid terrible
que merece privilegio.

ERN. Mas...

SOC. Lo aprendí en el colegio
y es de un efecto infalible.

ERN. ¡Son ocurrencias chistosas!
¿Con que en el colegio?

SOC. Sí.
¡Ay! Tú no sabes... allí
se aprenden muy buenas cosas.

ERN. Pues no lo sabía...

SOC. ¿No?

ERN. Ni lo pude suponer.

SOC. Pregúntalo á tu mujer,
que lo sabe como yo.

ERN. ¡Ah! ¿Sabe?...

SOC. Por de contado.
Verás. Recurso sabido,
para alejar al marido,
sin que sospeche. Es probado.
Se empieza por inquietarle,
para ahuyentar sus recelos
con una escena de celos...
Se sigue por perdonarle,
poniendo especial cuidado
al hacer la transición,
de conceder el perdón
sin estar justificado.

ERN. ¡Ah!

SOC. Pasando así, al instante,
del furor desenfrenado
al mimo más extremado,
empalagoso y cargante.
Y es medio de que no haya
recelos que prevenir,
aunque él no se quiera ir,
decirle «que no se vaya.»

ERN. ¡Bien!

SOC. Se le ofrece pasar
así un rato encantador
hablando mucho de amor,
y luego, á fin de evocar
recuerdos dulces y gratos,
juntos se repasan, ya
las cartas de novios...

ERN. ¡Ah!

SOC. Ya el album de los retratos.
ERN. ¡Cómo! (Alarmado.)
SOC. A poco hoy no concluyo;
me río y lo echo á perder.
¡Ay, qué cara puso, al ver
el de tu mujer y el tuyo!
ERN. ¡Diantre! (Sin disimular su inquietud.)
SOC. Le dió un frenesí...
ERN. (¡Qué sospecha me estremece!)
SOC. Lo que es á mí me parece
que tiene celos de tí.
En fin, para terminar.
Viendo que no se marchaba
y que la hora se acercaba,
le dije: «voy á cantar.»
Con esto echan á correr,
porque á un marido le encanta
oir á una *suripanta*,
pero nunca á su mujer.
Hice que estaba buscando
y escogí lo que quería.
Cuando entraste, todavía
lo estaba canturreando.
ERN. (Levantándose cada vez más inquieto y alarmado.)
¿Y aseguras tú, que Clara
sabe ese recurso?
SOC. ¡Digo!
Si lo ha aprendido conmigo.
Pero, hombre. ¡Jesús, qué cara!
¿Qué te pasa?
ERN. No lo sé.
SOC. ¿Te pones malo?
ERN. Quizá.
¡Vaya, adiós!
SOC. ¿Te marchas ya?
ERN. Me marcho. Ya volveré.
SOC. El motivo oculto ignoro
de tal cambio.
ERN. Es muy sencillo.
Un negocio urgente.
D.ª PRUD. (Que ha vuelto á asomarse, dice, como antes.)
¡Pillo!
ERN. ¡Cómo!
SOC. No hagas caso... el loro...

ERN. Yo te suplico...
SOC. Por Dios,
si el caso es de tal urgencia,
detenerte es imprudencia.
ERN. (¡Ah! ¡Si fuera cierto!...) Adiós.
(Vase segunda izquierda.)

ESCENA V

SOCORRO, DOÑA PRUDENCIA y CLARA

SOC. Salió á las mil maravillas,
y si Pepito no es torpe
será la broma completa
y será el castigo enorme.
Salid.
D.ª PRUD. ¿Se marchó ese pillo? (1)
CLARA ¡Ay de mí!
SOC. Mujer, no llores.
CLARA Decir que soy fría... y sosa.
D.ª PRUD. El sí que es soso y es zote.
CLARA Decir que le aburro...
D.ª PRUD. ¡Ah! ¡Burro!
CLARA Decir que en su hogar conoce
que muere de frío.
D.ª PRUD. Bueno.
Pues cuando esté él dentro, coges
y le pegas fuego. Así
irá al infierno, de golpe;
que aquella es tierra caliente
y no dará tiritones.
¡Pillo!
SOC. (Riendo.) ¿Fué... el loro?
D.ª PRUD. Quisiera
en algunas ocasiones
ser loro y dar picotazos,
ó, para aumentar mi goce,
ser cuervo y sacar los ojos,
ó buitre y sacar los bofes.

---

(1) Socorro.—Clara.—Doña Prudencia.

ESCENA VI

DICHAS y PEPITO, por la segunda izquierda (1)

PEP. Yo vengo echando los míos,
porque he venido al galope
y con un susto en el cuerpo
que de grande no me coge.
SOD. ¿Qué ha pasado?
PEP. ¿Qué ha pasado?
Pues que ha pasado...
SOC. ¿El qué, hombre?
PEP. Ernesto, que va furioso,
ciego y dando tropezones.
Pasó junto á mí, y por suerte
de fijo no conocióme,
por más que al volver la esquina
dimos de frente tal choque,
que mañana en la cabeza
tendré dos ó tres chichones.
CLARA ¿Y no dijo nada?
PEP. Sí,
exclamó: «¡Rinoceronte!»
D.ª PRUD. Pues lo ha conocido á usted.
PEP. ¡Señora!
D.ª PRUD. Como usted lo oye.
PEP. (Esta señora me carga
por lo descarada.)
SOC. Entonces,
¿usted volvía?
PEP. Volvía.
SOC. ¿Y cumplió mis instrucciones
al pie de la letra?
PEP. Al pie,
y á mi cabeza.
SOC. Conformes.
Queda la segunda parte,
y ya á usted le corresponde
acabar como ha empezado.

---

(1) Pepito.—Socorro.—Clara.—Doña Prudencia.

PEP. ¿Cómo? ¿Llevando otro golpe?
Las segundas partes dicen
que siempre son las peores.
SOC. ¿Usted dejó dicho en casa
que venía aquí esta noche?
PEP. Sí, señora, se lo dije
á la doncella y á Cosme.
SOC. Entonces no tardará.
Yo daré al instante orden
de que lo pasen aquí...
PEP. Bueno, y él aquí me coge
y me rompe algo.
D.ª PRUD. Y hará
muy bien, si es que se lo rompe
PEP. (No sé por qué esta señora,
me tiene una tirria enorme.)
SOC. ¿Recuerda usted la lección?
PEP. Sí, señora... El, dando voces
dirá al entrar:—«Te buscaba.»
«Bien,»—diré yo,—como logre
que no me falte la voz,
ni me vendan los temblores.
El dirá:—«¿Conoces esto?...»—
y yo diré:—«Se supone.»—
El dirá:—«¿Quién lo ha dictado?»—
Yo me callaré, y entonces
él me dará una paliza,
si alguno no me socorre.
SOC. No, señor; usted al cabo
de algunas vacilaciones,
le dirá que mi marido.
PEP. Más...
SOC. Como usted lo conoce,
y son amigos, también
le ha suplicado que copie
sus cartas de trapicheos,
de belenes y de amores.
PEP. (Distraido.)
Bien, como Ernesto y don Pío.
D.ª PRUD. ¿Don Pío? (Pasando á su lado.) (1)
PEP. (¡Diablo!)

(1) Pepito.—Doña Prudencia.—Socorro.—Clara.

SOC. (¡Qué torpe!)
D.ª PRUD. Hable usted, ¿qué Pío es ese?
PEP. Ruego á usted que no se enoje.
(Aturdido, queriendo enmendar su torpeza, y sin saber lo que dice.)
Ese Pío no es su Pío.
Todas las hembras del orbe
tienen su pío, y no es
el Pío que usted supone,
que este Pío es otro Pío
que el Pío que pía...
SOC. ¡Hombre!
deje usted ya de piar!
D.ª PRUD. Después hablaremos, joven.
Y si ese Pío es el Pío
impío de mi consorte,
á él y á usted los *apiolo*.
SOC. ¡Báh! Dejad esas cuestiones.
Es un error.
D.ª PRUD. Un horror.
¡El horror de los horrores!
(Suena dentro un fuerte campanillazo.)
SOC. Ahora vá á ser él, no hay duda.
PEP. Si es el que ha llamado, entonces,
ahora vá á ser ella.
SOC. Vamos.
Pero, Clarita, no llores.
CLARA Es que soy muy desgraciada.
SOC. Ya verás cómo esta noche,
avergonzado y corrido,
su mala acción reconoce
y vuelve á tí más que nunca
amante, sumiso y dócil.
DON. Señora. (Saliendo.)
SOC. ¿Qué?
DON. Don Ernesto,
haciendo unas contorsiones
que me han asustado mucho,
y unos visajes feroces,
ha vuelto.
SOC. Dile que pase.
DON. Es que ha preguntado, dónde
está el señorito Pepe.
PEP. Llegó mi fin. *Pater noster*.

SOC. Hazle pasar en seguida. (Vase la doncella.)
PEP. ¡Ay, me dán unos sudores!...
SOC. Las tres á mi cuarto. Usted,
no olvide mis instrucciones.
CLARA (A doña Prudencia.)
Si el impío se arrepiente,
es justo que le perdone.
D.ª PRUD. Pues como yo coja al Pío
no se vá sin que lo ahogue.
(Vánse las tres por la primera derecha. Pepito las sigue hasta la puerta, que cierran, dándole en las narices.)

ESCENA VII

PEPITO. A su tiempo DON PÍO, en seguida ERNESTO, por la segunda izquierda

PEP. En qué lío me han metido
y en qué conflicto me ponen.
(Se acerca á la jaula, mete el dedo, y lo retira como si hubiera recibido un picotazo.)
PÍO (Saliendo con mucha precaución, sin reparar en Pepito.)
Yo me decido á asomarme (1).
Nada se vé ni se oye,
y ahí, debajo de un sofá,
se está muy mal. ¡Caracoles!
¿Se habrá marchado el marido?)
PEP. Cuánto tarda Ernesto.
PÍO (Reparando en Pepito, que está de espaldas, y volviendo á ocultarse.) (¡Un hombre!
El es, vuelta al escondite.)
PEP. (Viéndole esconderse.)
¡Calla! Don Pío... Y se esconde.
Pues ese no es del complot.
ERN. (Entrando muy despacio mirando á todas partes, para convencerse de que está sólo con Pepe, y en voz baja, dirigiéndose á éste. Toda la escena debe ser dicha á media voz.) (2)
Pepe.

---

(1) Don Pío.—Pepito.
(2) Ernesto.—Pepito.

PEP. El otro. *Ora pro nobis.* (Sin volverse.)
ERN. Pepe.
PEP. Cerraré los ojos
hasta que sienta los golpes.
(Haciéndolo como lo dice.)
ERN. Pepe... Pepito...
(Le coge de un brazo y lo pone de frente á él.)
PEP. (Con risa muy forzada.) Hola, Ernesto.
ERN. ¿Estamos solos? Responde.
PEP. Solos.
ERN. Vén hacia el balcón.
PEP. (Asustado.)
Al balcón, ¿qué te propones?
Mira que aunque es principal,
es alto...
ERN. No seas bodoque.
Lo sé todo.
PEP. ¿Cómo todo?
ERN. Y habéis andado muy torpes.
Te confieso que al principio
Socorro sobresaltóme,
y salí de aquí llevando
unas sospechas atroces.
Pero en casa ví tu carta
sin dobleces y sin sobre
y con la tinta fresquita,
muy bien colocada, donde
yo la pudiera encontrar.
Luego, riéndose, Cosme
me dió tu recado; ahora
la doncellita contóme
que el marido de Socorro
no ha vuelto... conque supone
si ya sé y estoy al cabo
de vuestras maquinaciones.
PEP. (¿Y qué le digo yo ahora?)
ERN. Clara está aquí, ya sé dónde.
(Mirando á la primera derecha.)
Doña Prudencia fué el loro.
PEP. ¿El loro?
ERN. Y tú el monigote
de que se han valido.
PEP. Ernesto.
ERN. Pero si no me respondes

y te pones de mi parte,
te arreglará este revolver... (Socando uno del bolsillo y apuntándole.)

PEP. ¡Ay! ¡Por Dios, guarda ese chisme!

ERN. Tiene doce tiros. (Guarda el revolver.)

PEP. ¿Doce?
Para matar doce veces
á una persona... ¡demontre!

ERN. ¿Hay alguien más en la casa?

PEP. Don Pío...

ERN. ¡Cómo!

PEP. Se esconde
en aquel cuarto. (Señalando al primero izquierda.)

ERN. ¡Oh, qué idea!
¿Clara lo sabe?...

PEP. No...

ERN. Entonces...

PRUD. (Entreabre la puerta y asoma la cabeza por entre el portier, ocultándose en seguida.)
No se oye nada. Es extraño...

ERN. (¡Ah!) (Nota el movimiento de la puerta y dice á grandes voces.)
¡Miserables, traidores!
Ya sufriréis el castigo.

PEP. ¿Qué dices?...

ERN. (Bajo á Pepito.) (Cállate, hombre.)
(Gritando otra vez.)
Ellos, por su acción inícua,
tú, por haber sido el cómplice...

PEP. ¿Yo?

ERN. (Como antes.) ¡Calla!
(Alto.) De la venganza
ya sentiréis los rigores.
¡Infames, taimados, viles!

SOC. (Saliendo.)
¿Qué es eso? ¿Quién da aquí voces? (1)

(1) Pepito.—Socorro.—Ernesto.

ESCENA VIII

SOCORRO, ERNESTO y PEPITO. Después DOÑA PRUDENCIA y CLARA

ERN. ¡Socorro!
SOC. ¿Qué pasa, Ernesto?
ERN. Algo horrible para todos.
SOC. ¡Oh, qué gritos... y qué modos!
¿Puedes decirme qué es esto?
¿Qué mala hierba has pisado?
¿Qué causa ó razón existe
para irte como te fuiste
y ahora entrar como has entrado?
ERN. (Con tono declamatorio.)
Te daré la explicación,
y perdona lo violento,
pero es que en este momento
me ciega la indignación.
Ya no se respeta nada,
y el honor se da al olvido.
¡Qué mundo tan corrompido!
¡Qué sociedad tan viciada!
¡Ya lo inmoral no da espanto,
ni se abomina el delito!
¡Qué escándalo!
PEP. ¡Y qué bonito
sermón para el Jueves Santo!
SOC. Pero ese tono de homilia
es risible, hablando en plata.
¿De qué se trata?
ERN. Se trata
del honor de la familia.
Tal vez te va á molestar
lo que te voy á decir,
pero es fuerza concluir
y ello había de llegar.
(Se sientan como en la escena cuarta.)
SOC. (Cayó en la red el pobrete.)
(Pepe queda de pié á la izquierda.)
ERN. Por rara transposición,
el drama, en esta ocasión,

vendrá después del sainete.

SOC. Si ya á explicarte no empiezas,
mal podrás ser entendido,
porque yo nunca he podido
descifrar rompe-cabezas.

ERN. Pues preámbulos ahorro
y al asunto voy dispuesto.

SOC. Pues haces muy bien, Ernesto.

ERN. Pues escúchame, Socorro.
(Se asoman Clara y doña Prudencia haciendo señas á Pepe y á Socorro para que disimulen y no demuestren que les ven.)
Ofendiendo á mi mujer,
que es un ángel de candor,
te he estado haciendo el amor,
como ya has podido ver.
Algo que ahora escucharás,
para hacerlo me impelia,
aun cuando yo te quería
como amiga nada más...

SOC. Mas...

ERN. Aunque eran fingimientos
mis amorosos deslices,
tuve ratos infelices
de amargos remordimientos.
Siendo ella tan buena, ¡yo
ofenderla! (Alzando la voz.)

PEP. (¿A dónde irá?)

ERN. ¿Yo ser mal esposo?..

CLARA (¡Ah!)

ERN. ¿Y querer yo á otra?..

D.ª PRUD. (Mofándose.) (¡Oh!)

SOC. Bien; me gusta esa franqueza, (Riendo.)
y esa mudanza celebro.

PEP. (Este quiere dar un quiebro
de frente y en la cabeza.)

SOC. Entonces, ¿á qué venía?..

ERN. ¿Lo de hacerte yo el amor?
Á velar por el honor
de mi pobrecita tía.

D.ª PRUD. ¡Eh! (Quiere salir: Clara la contiene.)

ERN. Yo supe por Pepito...

PEP. (Diablo!)

ERN. Que te cortejaba

don Pío, y que te asediaba
de palabra y por escrito;
que cien cartas cada día,
frenético, te mandaba,
que don Pío las dictaba
y Pepe las escribía.
Hay cuestiones que, en verdad,
es difícil que se aborden,
y para llamarle al orden
me faltaba autoridad.
Reñir un sobrino á un tío
no era lo prudente, no...
Entonces se me ocurrió
el imitar yo á don Pío.
El, de *mi pasión fatal*,
sin duda se enteraría,
y él mismo á buscar vendría,
no ya al sobrino, al rival.
Habría una explicación,
que era lo que yo buscaba,
y eso ya me autorizaba
para encajarle el sermón
y traerle al buen camino
con razones que le hirieran,
sin que ya me contuvieran
los respetos de sobrino.
Logrando así, en conclusión,
librarte, por de contado,
de su amor desenfrenado
y de mi falsa pasión;
pues yo á vivir volvería
satisfecho con tener,
el amor de mi mujer...
¡y el cariño de mi tía!

CLARA (No pudiéndose contener, se dirige hacia Ernesto.)
¡Ernesto!

ERN. (Levantándose y aparentando gran sorpresa.)
¿Estabáis aquí? (1)

PEP. (¡Pillo!)

CLARA Y todo lo escuchamos.

ERN. ¡Oh! Cuánto deploro...

D.ª PRUD. (Pasando.) Vamos

---

(1) Pepito.—Socorro.—Ernesto.—Clara.—Doña Prudencia.

á lo que me importa á mí (1).

ERN. ¿Por qué mi lengua importuna?..

D.ª PRUD. (Interrumpiéndole.)
Mira, mi querido Ernesto,
tú eres un tunante. En esto
no cabe duda ninguna.
Pero, con formalidad,
aunque yo de él no me fío,
lo que has dicho de tu tío...

ERN. Yo... lo siento, es la verdad.
Este es un caso violento,
que yo deploro infinito,
pero ahí tiene usté á Pepito.

PEP. (¡Jesús!)

ERN. El dirá si miento.

PEP. Yo... la...

ERN. En fin, para probar
con hechos, no con razones,
que fueron mis intenciones
esas, viendo ya tardar
la anhelada explicación,
hoy vine á buscarla aquí
porque sé que él está allí.

LAS TRES ¿Cómo?

ERN. En esa habitación.
(Señalando á la primera izquierda.)

D.ª PRUD. ¿En esa?

PEP. (¡Que Dios le guarde!)

D.ª PRUD. (Yo me lo como ¡Dios mío!)
(Váse á la puerta indicada, y la abre violentamente.)

ERN. (Ahora me paga mi tío
el mal rato de esta tarde.)

CLARA Pero, Ernesto...

D.ª PRUD. (Mirando al interior de la habitación, que se supone está á obscuras.) ¿Dónde está?
que destrozarle deseo.
¡Pepe, una luz! (Pepe acerca una bujía.)
¡Ya lo veo
debajo de aquel sofá!
(Entra en la habitación. Pepe retira la luz. Se oye dentro gran ruido.)

---

(1) Pepito.—Socorro.—Ernesto.—Doña Prudencia.—Clara.

SOC. ¿Qué has hecho? (A Ernesto.)
ERN. (A Socorro.) ¿Qué he hecho? Librarme
de la burla y del castigo.
CLARA ¿Qué has hecho?
ERN. (A Clara.) Hija, yo, contigo
tenía que sincerarme.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DOÑA PRUDENCIA y DON PIO

D. PÍO. ¡Socorro! (Dentro.)
D.ª PRUD. (Dentro.) ¡Tu último día
llegó!
D. PÍO ¡Socorro! ¡Favor!
(Sale corriendo y atraviesa la escena.)
D.ª PRUD. (Sale detras de él furiosa. Pepito y Socorro la sujetan.) (1)
¿Pues no llama el muy traidor
á Socorro todavía?...
ERN. / CLARA ¡Oh! Tía...
PEP. / SOC. Doña Prudencia...
D. PÍO (No es mujer, es un ciclón.)
SOC. Dura ha sido la lección:
ahora un poco de indulgencia
D.ª PRUD. Haré lo que me propones;
mas para dar mi perdón,
que explique su posición,
pero sin... *suposiciones.*
D. PÍO Pues yo vine... *no sé á qué,*
llegué hasta aquí distraído,
y no sé cómo, aturdido,
por... *no sé dónde* me entré...
Y como eso obscuro está,
no sé qué se me cayó
y... por eso estaba yo

(1) Doña Prudencia.— Pepito.— Socorro.— Ernesto.— Clara.— Don Pío.

debajo de aquel sofá.

ERN. Tío, ya no hay que mentir (1)
ni ya de fingir hay modo;
lo de usted, lo mío, todo
se ha llegado á descubrir.
Yo se lo dije á la tía,
contando con su perdón.

D. PÍO (Pero, Ernesto, esa traición...)

ERN. *(Traición es, mas como mía.)* (A don Pío.)
Yo mi castigo llevé,
figurándome perdidos
dichas y amores queridos (Mirando a Clara.)
que neciamente olvidé.
A usted... *algo* le ha pasado.

D.ª PRUD. Y lo que le pasará.

ERN. Y Pepito creo que ya
también está castigado.

PEP. ¡Si aquí para tropezones
y disgustos no se gana!
En la cabeza mañana
tendré dos ó tres chichones.

ERN. Pues corresponda al final,
ya que sirvió le escarmiento
á nuestro arrepentimiento,
vuestro perdón general.
Usted, con la tía...
(A don Pío, indicándole que pase junto á doña Prudencia.—Don Pío pasa como los chicos se acercan al maestro cuando temen que les va á pegar.) (2)
Yo
aquí; Clara, junto á tí...
(Poniéndose de rodillas.)
¿Me perdonas ahora?

CLARA Sí.

D. PÍO ¿Y tú, me perdonas? (Id.)

D.ª PRUD. No.

PEP. Pues yo también necesito
perdón y á pedirlo corro.

---

(1) Doña Prudencia.— Pepito.— Socorro.— Clara.— Ernesto.— Don Pío.

(2) Doña Prudencia.—Don Pío.—Pepito.—Socorro.— Clara.—Ernesto.

¿Me perdona usted, Socorro? (Id.)

SOC. Le perdono á usted, Pepito.
(Riendo. Los tres se levantan.)

PEP. (Pues ya ninguno quedó
y á mí también me ha gustado.
Lo que es cuando esté casado,
quien le hace el amor... soy yo.)

CLARA ¿Me engañas? (A Ernesto.)

ERN. En mí confía,
que esto más no ha de pasar.
Ya no volveré... á velar
por el honor de mi tía.
Será nuestro amor eterno.

CLARA Entonces acabó el mal;
esto ha sido el temporal
que ha puesto fin al invierno.
Pues renace nuestro amor,
con él volverá en seguida
la primavera, que es vida,
luz, alegría y calor.
Y pues del frío han huido,
dulcemente, sin ruido,
la fe, la ilusión, la calma,
las golondrinas del alma
vuelven buscando su nido.

FIN

OBRAS CÓMICAS

DE

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

REPRESENTADAS EN LOS TEATROS DE MADRID

EN UN ACTO

Recurso de casación, comedia en verso (2.ª *edición*).
El oso y el centinela, juguete cómico en verso.
Un cambio de situación, juguete cómico en verso.
Con luz y á oscuras, comedia en verso (2.ª *edición*).
Casi... casi..., juguete cómico en prosa.
La manzana, comedia en prosa.
El amigo frito, parodia en verso.
El Conde de Cabra, juguete cómico en verso.
¡Felices Pascuas! apropósito en verso.
La Villa del Oso, *osadia* cómico-lírica en verso: cuatro cuadros.
¡Bonito soy yo! juguete cómico en prosa.
Un simón por horas, juguete cómico en verso.
El niño Jesús, comedia en verso (2.ª *edición*).
El Barbián de la Persia, humorada cómico-lírica en verso: tres cuadros.
El viaje al Suizo (*parodia política.*) *Excursión* cómico-lírica en verso: cuatro cuadros.
Pasar la raya, juguete cómico-lírico en verso.
La gran vía, revista madrileña en prosa y verso: cinco cuadros (24.ª *edición*).
Champagne, Manzanilla y Peleón, humorada cómico-lírica, en verso: tres cuadros.
¡Tío... yo no he sido! juguete cómico-lírico en prosa (4.ª *edición*).
Oro, plata, cobre y.. nada, zarzuela de espectáculo, en prosa y verso; cuatro cuadros (3.ª *edición*).
Lo pasado, pasado, zarzuela en prosa (2.ª *edición*).
París de Francia, zarzuela en prosa: cinco cuadros.
¡Doña Inés del alma mía! juguete cómico en verso (2.ª *edición*).
La Restauración, zarzuela en verso (2.ª *edición*).
Las mentiras, juguete cómico en verso.
Los cortos de genio, juguete cómico en verso (2.ª *edición*).
!Pelillos á la mar! juguete cómico en verso.
El Marquesito, zarzuela en verso
Los vecinos del 2.º, juguete cómico-lírico en verso.

EN DOS ACTOS

Las obscuras golondrinas, comedia en verso.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7, de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.